

Literatura y lenguaje simbólico: Un merodeo inconcluso sobre Saramago

Elmer Hernández

(Magíster en Literatura. Profesor de la Universidad del Tolima).

La literatura de todos los tiempos se ha construido sobre las bases de las realidades míticas, las que, a su vez, le sirven de fundamento a la condición humana. Un excelente camino del mito para mantenerse vivo y vigente en la memoria de los hombres es la literatura. No obstante, debe considerarse que la lírica, el drama y la prosa, entre otras expresiones literarias, no son mitos en sí mismos; no pueden serlo, pero si son un vehículo para el libre fluir del mito dentro de la cultura. Y quizá ello explique la inmortalidad de la literatura de la Grecia antigua, de la Roma antigua, del Renacimiento y, en fin, de aquellas literaturas escritas en una época particular, pero destinadas a pertenecerle a los hombres de todos los tiempos.

Sobre esos criterios, es de afirmarse que toda obra literaria de valía logra quedarse en la historia, y sobre todo inscribirse en la tradición, porque, de una u otra manera, muestra la espiritualidad humana en toda su longitud y sentido, aquella espiritualidad que, pese al paso de los siglos, continúa adherida a sus lejanos orígenes, a las tendencias instintivas, a las fuerzas de la naturaleza y del universo, y que se encarna sin duda en el ser humano.

Por ello mismo, y si bien es cierto que el material fundamental de la literatura es el signo constituido en *palabra* (como los signos *silencio* y *sonido* en la música y los signos *luz* y *sombra* en la pintura) la literatura está hecha de



símbolos, de los mismos símbolos de que están hechos los mitos, porque son estos símbolos los poseedores de la síntesis suficiente para abordar lo que aún suele llamarse la condición humana; esto es, desde las honduras del alma hasta la ilusión de la conciencia, desde los grandes miedos y temores que aquejan el alma hasta los grandes deseos y placeres que llevan al alma a perseverar en la existencia, y desde los pasos azarosos del individuo en su carácter de trágica soledad hasta el propio devenir de las comunidades y de los grupos humanos en su firme cohesión.

Por ello, y en el proceso mismo de la creación literaria, debe aclararse que en literatura el ejercicio de la razón tan sólo ocupa un lugar de orden estratégico... En el proceso creador, como en la recepción del objeto estético terminado, interviene todo el ser, en su máxima extensión y su profundo sentido. Vale decir:

el ser del poeta, el ser de la comunidad y el ser del universo. Al respecto, debe considerarse que ese *ontos*, que ha sido abordado de distintas perspectivas en 25 siglos de filosofía occidental, sigue encontrando su razón y su sentido en el carácter que desde los tiempos primordiales le ha configurado el mito.

Así, pues, la literatura siempre conduce al hombre al reencuentro con sus orígenes; es decir, a los tiempos en que se formó y se configuró su compleja condición, la misma que habría de expresarse mediante los arquetipos originarios, y que el mito, a través de intrincadas leyendas, recogería para erigirse en memoria viva de todos los pueblos y de todas las culturas. Según una definición de mito, dirá Eliade (1991) en el libro *Mito y realidad*:

(...) el mito cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los “comienzos”. Dicho de otro modo: el mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los Seres Sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea ésta la realidad total, el Cosmos, o solamente un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución (p.7).

Y la literatura da cuenta de esos “comienzos”, bien de manera directa como en los poemas homéricos o en los poemas de Hesiodo, o bien de una manera encubierta, como suele sucederle a la literatura moderna, en especial a la novela. Al respecto, el filósofo alemán Werner Jaeger (1992) en el texto *Paideia: los ideales de la cultura griega*, hace una inmejorable aproximación al papel fundamental de los mitos en la configuración de la literatura griega, la cultura griega y la formación del hombre grie-

go, a través de las distintas edades propias del devenir de dicha civilización.

Del mismo modo, del texto de Graves (1985) *Los mitos griegos*, que le sirve de fundamento al presente escrito, es posible inferir cómo el nacimiento, el fortalecimiento y el devenir de la literatura griega, van a la par con el propio ritmo del devenir de los mitos, dentro de la configuración teogónica de la antigua cultura griega.

En tal perspectiva, la literatura griega, como la literatura originaria de todas las culturas, se inicia en el relato del hombre: del advenimiento del hombre en la tierra, de la condición humana, de las potencialidades de la especie, de sus instintos, del mundo del hombre, de su situación en el mundo espacial y temporal. En últimas, es un relato poético o prosaico que proyecta formas y arquetipos, dioses y demonios, héroes y villanos, todos ellos configurados a partir de los conceptos de vida y muerte, y que, sin más, surgen de las propias profundidades del alma humana y de las propias fuerzas de la naturaleza y del universo. En el libro mencionado, Eliade (1991) precisa del mito:

Es, pues, siempre el relato de una “creación”: se narra cómo algo ha sido producido, ha comenzado a ser. El mito no habla de lo que ha sucedido realmente, de lo que se ha manifestado plenamente. Los personajes de los mitos son Seres Sobrenaturales. Se les conoce sobre todo por lo que han hecho en el tiempo prestigioso de los “comienzos”. (p. 7).

En la literatura moderna, y sobre todo en lo que tiene que ver con la novela como el género más representativo de esta época, el mito no es abordado las más de las veces de manera

explícita, dada la irrupción de la ciencia, del método científico, de los procesos nomológico-deductivos del pensamiento, de la matemática como herramienta para el control de lo mensurable, y de la observación y la experimentación como ejercicios indispensables para despejar verdades provisionales: las hipótesis.

Como es sabido, en el Renacimiento surge la física moderna, y con ella el convencimiento de que el hombre puede explicarse el mundo mediante el descubrimiento de las leyes que gobiernan el universo, y, además, que puede ejercer sobre él un control a partir de la canalización de las leyes físicas hacia la solución de problemas de orden material e inmediato. Sobre ese estatuto epistemológico moderno, se producen los procesos de modernización y la aceptación de conceptos como *desarrollo* y *progreso* que habrán de crear las condiciones de posibilidad suficientes para la edificación de la industria y la eclosión de la sociedad de consumo.

En esas condiciones, hay un cambio abrupto e inusitado en la mentalidad del hombre. Ya su confianza no se deposita en el destino marcado por los dioses, revelados por los mitos, sino en las teorías que emanan de los procesos científicos, y de las tecnologías y técnicas que de allí se desprenden. La modernidad es una era utilitaria por excelencia. Tanto el discurso científico como la razón se convertirán en instrumento para el desarrollo de las fuerzas productivas y de la cultura. El arte y la literatura no son ajenos a esta imposición del pensamiento racional y pragmático.

En esa perspectiva, sabido es que a finales del siglo XIX, e influido por el positivismo y la



moda científicista adoptada por las llamadas Ciencias Humanas, surge un movimiento literario que marcará derroteros claves en los análisis literarios y en la creación literaria, a partir de la configuración de una teoría que dé cuenta del hecho literario: el formalismo. A partir de allí surgirán en el siglo XX otras corrientes por el mismo corte como el estructuralismo. Estas dos corrientes hacen a un lado los mitos, o los asumen tan sólo como prótesis del texto literario, dejando a un lado su sentido y su intención formadora del carácter humano. El texto literario se convierte en un “producto” más, propio del carácter industrial y consumista del hombre moderno.

Sin embargo, en la novela moderna pervive el mito, del mismo modo como en la personalidad humana pervive el inconsciente, pese al imperio de la razón. Su existencia sigue siendo el fundamento de toda humana posibili-

dad. Al fin y al cabo la novela moderna, desde Cervantes hasta Saramago, aborda los temas del hombre de todos los tiempos: la vida, la muerte, el amor, el odio, la guerra... La novela moderna, al abordar la condición humana, se abisma, a pesar de las teorías científicas, en los misterios que alguna vez le dieron nacimiento al mito. A propósito, Eliade (1991) plantea:

Los mitos revelan, pues, la actividad creadora y desvelan la sacralidad (o simplemente la “sobre-naturalidad”) de sus obras. En suma, los mitos describen las diversas, y a veces dramáticas, irrupciones de lo sagrado (o de lo “sobrenatural”) en el Mundo. Es esta irrupción de lo sagrado la que fundamenta realmente el Mundo y la que le hace tal como es hoy día. Más aún: el hombre es lo que es hoy, un ser mortal, sexuado y cultural, a consecuencia de las intervenciones de los seres sobrenaturales (p. 7).

Y la obra del escritor portugués, José Saramago, da cuenta de dicha realidad del mito. Su obra es extensa y en toda ella se encuentra el problema del hombre (sobre todo del hombre moderno) enfrentado a la tragedia que surge siempre que se enfrenta el destino. Saramago recupera para el hombre el ser humano que lo sustenta y le presta sentido. De hecho, la mayoría de los personajes que deambulan por la obra de Saramago no salen más que de las canteras de donde procede el individuo moderno, y al surgir de allí aparece con toda su carga de humanidad.

Una de las novelas más controvertidas del escritor portugués es, sin lugar a dudas, *El evangelio según Jesucristo* (Saramago, 1998). Y es polémica justamente porque no sólo desmitifica la vida de Jesucristo, vista por los evange-

lios oficializados desde el catolicismo en boga, sino porque restablece el mito, en especial el mito de los orígenes de la condición humana, a partir de una mirada distinta sobre un Jesucristo que no tiene en absoluto nada de mesiánico. Antes bien, es un Jesucristo por fin humanizado, capaz de experimentar tanto las angustias propias del hombre silvestre como las pasiones que forman parte del ser del hombre.

Si se hace una suerte de analogía con la mitología griega, se podría afirmar que el Jesucristo de esta novela no sólo da cuenta de su propia historia, surgida de los avatares de la tierra, sino que encarna diversas dimensiones humanas. Es un Jesucristo racional, pensante, que se pregunta e intenta responderse, como quien es consciente de que el *logos* (Apolo) orienta algunas de sus acciones. Pero también es un hombre que se divierte y se reencuentra, libre de culpa, en el goce de los sentidos (Dioniso) y en la *risa* como la degradación de aquellos valores que constriñen la existencia a partir de una moralidad que se encubre tras la *seriedad*.

Este Jesucristo no se sabe ni se quiere mesiánico. Tampoco desea sacrificarse por nadie. La relación con su padre, Dios, es la relación que cualquier hijo humano establece con su padre humano, esas relaciones problemáticas que se pueden evidenciar al considerar la genealogía de los dioses griegos¹: Zeus en relación con su padre y Zeus en relación con sus hijos. Allí, en la novela, el hijo del Padre no asume una actitud de obediencia ciega, de mansedumbre y servilismo. Antes bien, se rebela como un *Hefestos* o le ayuda al padre como un *Hermes*.

1 En adelante, toda alusión a la mitología griega hará referencia a *Los mitos griegos* de Robert Graves



Y su rebeldía ante el padre niega por principio la existencia del Bien y del Mal. Sabido es que este par de potencias no existen dentro de la cultura griega y que más bien se afianzan y se imponen en occidente con el judeocristianismo. En la novela, Jesucristo no tiene inconveniente si se hace al lado de su padre (el Bien) o al lado del demonio (el Mal), dado que los límites entre el uno y el otro no aparecen nunca claros.

Pero también es un Jesucristo que odia y ama. No tiene inconveniente alguno en entregarse al amor y al erotismo (eros), los goces del cuerpo y del alma, desde un ego que demanda cuidado y reconocimiento por otro

igual a él. De la misma manera, es un Jesucristo que no se quiere morir, a pesar de las prescripciones del padre. No solamente no se quiere morir sino que se pregunta por qué razón tiene que morir. La muerte (tánatos) es un interrogante permanente que genera en Jesucristo una angustia profunda, como en cualquier hombre de hoy, como el hombre de todos los tiempos.

Y este tema de la muerte, ese *tánatos* misterioso que atraviesa toda la mitología griega, se reactualizará en *Las intermitencias de la muerte* (2005). En esta novela José Saramago humaniza la muerte de la misma manera como los griegos vieron la muerte como una oposición de la vida, oposición que no siempre fue irreconciliable. En esta novela, en el *tánatos* se refugia el eros, del mismo modo como en el eros se fragua día a día ese *tánatos* que le presta sentido. ¿Es posible amar si no hay conciencia de que nos vamos a morir? En esta novela la muerte no es un castigo, tampoco es una promesa. La muerte es tan sólo parte de la realidad humana, en la misma proporción jugada por la vida. El *tánatos* se reactualiza en pleno centro de la vida moderna.

Y tal reactualización del mito también sucede en la Novela *El hombre duplicado* (2003). Allí, José Saramago aborda al individualismo del hombre moderno, un comportamiento que lleva a recordar el Mito de Narciso. Narcisista por excelencia, el hombre moderno ha depositado en la razón toda su confianza, al tiempo que confía ciegamente en el *ego* como unidad indisoluble de la personalidad humana. Sin embargo, en la novela aparece el sujeto escindido, los tantos seres que habitan al hombre, sus diversas máscaras, fuerzas tan contradictorias las unas frente a las otras que

llevan al hombre a constituirse en enemigo de sí mismo.

En esta novela se muestra la alienación del hombre moderno, impedido por las prescripciones de la lógica para reconocerse en el espejo de su propia alma y aceptar las múltiples posibilidades del ser. Esta temática del abandono de sí, de olvido del ser auténtico que surge del limo oscuro del inconsciente, del hombre extraviado en una realidad que apenas intuye, es abordado también en la novela *Ensayo sobre la ceguera* (2004).

En la mitología griega la ceguera es recurrente. Edipo culmina su tragedia sacándose los ojos. Tiresias, el adivino, es ciego y sin embargo es portador de la verdad. Pareciera ser que la verdad no surge sino allí donde no hay luz en exceso, algo así como los excesos de las luces aportadas por la razón en su pretensión de verdad. Para valorar la luz hay que volver a las tinieblas, y ése es, quizá, el tema que desarrolla José Saramago en esta novela. A partir de la hipótesis de una ciudad a donde ha llegado la peste de la ceguera, empiezan a configurarse de otra manera las distintas dimensiones humanas y sus múltiples pasiones.

De hecho, las pasiones y la condición humana regresan a una humanización que alguna vez fue aplastada por los ritmos de la ciudad y de la modernización resultante. Se establece un nuevo concepto del amor y el odio, de las relaciones entre las personas y entre los propios grupos humanos. Conceptos como la amistad y el matrimonio empiezan a fundamentarse en valores tendientes más a la solidaridad y la

comprensión que al individualismo y al interés mercantil.

En síntesis, José Saramago es un escritor moderno que ha intentado acercarse a sus contemporáneos a lo más profundo de la condición humana. Para ello ha recurrido a la reactualización del mito, sin que éste, por su puesto, pierda su esencia comprensiva y formativa del carácter humano. Antes bien, los temas abordados por Saramago son tratados abiertamente desde el mito y en ello es posible recrear la estructura elemental de todos los mitos de todas las culturas.

Asimismo, es posible asegurar que el hombre moderno, pese al olvido y a la indiferencia a que ha sido sometida su alma, sigue viviendo el mito, firmemente unido a su origen primordial, el mismo origen que le da sentido a su condición y a toda humana posibilidad.

Referencias

- Eliade, Mircea. (1991) *Mito y realidad*. Barcelona: Editorial Labor. S.A.
- Graves, Robert. (1985). *Los Mitos Griegos*. Vol. 1 y 2. Madrid: Alianza Editorial.
- Jaeger, Werner (1992) *Paideia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Saramago, José. (1998). *El evangelio según Jesucristo*. Madrid: Alfaguara Editorial.
- _____ (2003) *El hombre duplicado*. Madrid: Alfaguara Editorial.
- _____ (2004) *Ensayo sobre la ceguera*. Madrid: Ediciones Alfaguara.
- _____ (2005) *Las intermitencias de la muerte*. Madrid: Alfaguara Editorial.